

yos aquí reunidos no tienen un eje teórico común y enfocan sus problemas desde ángulos diferentes; ello no es una limitación sino una virtud. Se trata de un libro que atrapa de inmediato al lector por la manera ágil y amena con que está escrito. A la vez, representa una invitación a profundizar en un tema que hasta ahora ha sido descuidado por las ciencias sociales y los historiadores. Salir de los actuales ciclos de violencia por los que pasan varias naciones de nuestro subcontinente implica también una profunda comprensión de su naturaleza, sólo así podremos ser capaces de diseñar un entramado institucional que los encapsule y promueva mayores niveles civilizatorios.

Enrique Guerra Manzo

*Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco*

*Historia mínima ilustrada. La educación en México*, México, El Colegio de México, 2011, 395 pp. ISBN 978-607-7844-11-2

Este libro recientemente editado por El Colegio de México recoge uno anterior titulado *Historia mínima. La educación en México*, México, El Colegio de México, 2010, 261 pp. y le agrega un valor que lo hace una historia distinta: incorpora la imagen como fuente. Es más que una ilustración que “embellece” el libro finamente editado; son interpretaciones complementarias, que aunque no se comentan ni interpretan, hablan por sí solas en 172 ilustraciones, como síntesis del propio texto. Más que una historia mínima, es una historia viva de la educación, un campo que como pocos, tiene rostros y aquí predominan los rostros de los principales actores: los niños.

Las historias generales de antigua data, aquellas escritas para un público amplio, entraron en desuso en el medio historiográfico

porque carecían de investigación original. Ganó la historiografía, pero muchas veces perdió el público lector. Ese vacío se ha llenado con un tipo de texto intermedio que se alimenta de la academia y cambia su lenguaje. Pero ese otro lenguaje es también un cambio de contenido. Es lo que llamamos “difusión”. Ahora ha surgido una nueva modalidad que este libro representa de forma emblemática. Sus autores constituyen el grupo de investigadores más consolidado en historia de la educación en América Latina y pueden escribir un texto para un público amplio siendo accesible pero no simplista. Es también motivador y sugerente para especialistas.

El texto sigue un orden cronológico que se inicia con la educación indígena tratada por Pablo Escalante Gonzalbo y concluye en la historia presente con el capítulo de Josefina Zoraida Vázquez. Pilar Gonzalbo Aizpuru se encarga del periodo novohispano; Dorothy Tanck de Estrada del siglo de las luces; Anne Staples de la independencia hasta la Reforma; Engracia Loyo de la Revolución hasta la consolidación del nuevo Estado; Cecilia Greaves del periodo modernizador de la posguerra. El conjunto mantiene una metodología y un marco relativamente común. El trabajo de coordinación de Dorothy Tanck de Estrada sin duda contribuyó a esa armonía. Cada capítulo es, en cierto sentido, más que un resumen, una síntesis de su propio trabajo y por ello admite diversas formas de lecturas y diversos lectores. El libro incluye un índice analítico extensivo que puede servir al lector como guía para localizar temas, personajes, lugares e instituciones educativas.

Puede ser tanto un libro de consulta como un libro para profesores de historia. Las ilustraciones contribuyen a una pedagogía más viva en que los alumnos puedan encontrarse con sus congéneres de siglos; es un libro para todo lector y al mismo tiempo un texto introductorio para académicos de otras disciplinas y también para historiadores de otras regiones y latitudes.

Si admite tantas lecturas es porque armoniza el relato cronológico y las principales instituciones y personajes con procesos

como el sentido otorgado por los grandes poderes a la educación misma y su funcionalidad. La educación mexicana tenía un carácter religioso y ritual, así como de la conservación del saber acumulado por medio del estudio de los códices, del arte pictográfico, de la retórica que mediante el discurso guardaba en la palabra la sabiduría tradicional de una cultura que no conoció la escritura fonética. Por conducto de esa escritura es que el orden novohispano tratará de educar a la nobleza indígena como una forma de integración; a los criollos en la educación superior y muy escasamente a los sectores indígenas cuya educación era para la salvación mediante la memorización del catecismo tridentino en lengua nativa y también el español. Este es el “humus” cultural desde el cual se construye la educación moderna que trata los capítulos siguientes cuyo sentido está primero en el proyecto civilizatorio ilustrado; el proyecto republicano de construcción de ciudadanos, que engarza en esta línea racionalista con el proyecto positivista. El proyecto revolucionario significa un quiebre pues pretende la emancipación social en un marco nacionalista y socialista. Finalmente estará el proyecto modernizador orientado hacia el desarrollo que toma tanto el sentido utilitario como la formación ciudadana, la justicia social y la identidad nacional.

Cada capítulo aborda el contexto político general, el sentido del proyecto predominante, las políticas educativas, los conflictos en torno a ellas, las ideas pedagógicas y sus métodos así como la formación del profesorado. El aspecto más difícil de abordar en toda historia de la educación son sus resultados, pues si bien es posible trazar fortalezas y debilidades en cobertura y calidad, es difícil estudiar el impacto de la educación desde los propios alumnos. Los autores son cautos en este sentido. Sin embargo, se aborda un tema que las historias de la educación suelen ignorar bajo el supuesto de que siempre todos quieren educarse. En efecto, por mucho tiempo la educación tuvo un escaso sentido, al menos funcional y posiblemente simbólico, para una población popu-

lar urbana y especialmente para el vasto mundo rural en que los niños eran fundamentales para la subsistencia familiar. La educación y su utilidad ha sido siempre clara para las élites, la construcción histórica de su sentido en los otros sectores sociales ha sido larga y compleja.

Temas que recorren el libro, por nombrar sólo algunos, son la tensión entre el gobierno central y los estados en el periodo republicano; la dificultad de establecer un sistema nacional de la educación homogéneo; los conflictos entre catolicismo y laicismo así como entre educación pública y educación privada. A los problemas políticos se agregan elementos, a mi juicio, más originales, como la importancia de la geografía, la demografía, el asentamiento, la diversidad lingüística. La diversidad regional, las formas de propiedad de la tierra y una población mayoritaria campesina hacen del clivaje urbano-rural una forma de segmentación y de exclusión del campo en favor de la ciudad. La diversidad cultural mexicana, sus muchas comunidades indígenas, hace de la variedad de lenguas otro gran tema de larga duración que pasa de la política de enseñar en lengua nativa del primer periodo novohispano, a la castellanización que predomina por largo tiempo y a la educación intercultural. Los sistemas educativos de los estados nacionales pretendieron uniformar la nación en detrimento de toda diversidad. Ello pasó tanto en Francia con el *patois* como en México; la diferencia, sin embargo, es que las multiplicidades lingüísticas europeas no significaban diferencias de cosmovisión tan profundas como las existentes entre las lenguas que conocen la escritura y las orales.

Ello es fundamental para interpretar desde una perspectiva histórica los dilemas del presente. Estamos sometidos a mediciones internacionales que no consideran, ni tienen por objeto considerar, los usos de esos aprendizajes en las diversas sociedades. La población, en su mayoría indígena y luego mestiza, proviene de tradiciones orales que han sido escolarizadas, en términos relativos, en

tiempos recientes, si se considera, por ejemplo, la rápida expansión de la cobertura entre 1940 y 1970 de 2 a 9 millones de estudiantes. Ello lleva a la pregunta más dura de si la educación reprodujo y segmentó aún más la estructura social y su enorme desigualdad.

La lectura de este texto permite reflexionar sobre muchos otros temas de la envergadura de los anteriores como las reformas pedagógicas, la formación de los profesores y su progresiva corporativización, las campañas alfabetizadoras y su espíritu de cruzada, en fin, el choque cultural que siempre significa la educación escolar en la vida individual y en la historia de las sociedades.

Las ilustraciones son elocuentes. Ellas reflejan el orden que profesores y autoridades esperaban de la escuela; es una representación, pero no lo suficiente como para esconder, tras esos uniformes, formación en línea, pelos recién peinados, la trama de esos niños que revelan en sus ojos que la escuela era un espacio racionalizado distinto al comportamiento en la familia, la calle, la faena. Y por el contrario, los estudiantes universitarios se revelan siempre cómodos, entretenidos, como si sus poses de jóvenes estudiosos y elegantes les fueran naturales. Las ilustraciones muestran la segmentación pero también la creciente igualdad de su masificación.

*Historia mínima ilustrada. La educación en México* es una renovada historia general de calidad y belleza. La única crítica que vale la pena mencionar es el excesivo espacio que ocupa la fundación de instituciones, algunas de corta vida, que confunden al lector y hacen difícil priorizar. La cronología por presidentes de la República refuerza la historia institucional y tiende a opacar esa historia viva que cruza el texto y sus ilustraciones.

Sol Serrano

*Pontificia Universidad Católica de Chile*